

# CIENCIA FICCION

SELECCION **26**



Whisky

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

## Contenido

Presentación: *Nueva etapa*, Carlo Frabetti.

*Cura radical (Shotgun Cure)*, Clifford D. Simak, 1961.

*Bulevar Alfa Ralfa (Alpha Ralpha Boulevard)*, Cordwainer Smith, 1961.

*Puesta de Tierra y el lucero de la tarde (Earthset and Evening Star)*, Isaac Asimov, 1975.

*Hombres-arena (The Sandmen)*, J. T. McIntosh, 1957.

*El circuito CRIB (The CRIB Circuit)*, Miriam Allen de Ford, 1969.

*Desmantelamiento (Falling Apart)*, Ron Goulart, 1975.

*Visita de inspección (The Tour)*, Ted Thomas, 1971.

*Cómo funcionan las cosas (The Way Things Work)*, Ron Goulart, 1971.

# PRESENTACIÓN

## Nueva etapa

*Aun a riesgo de parecer la publicidad de un detergente o, peor aún, de un gobierno, no hay más remedio que hablar, en la presentación de esta vigésima sexta selección, de una nueva etapa. Después de seis años de venir ofreciendo regularmente a nuestros lectores estas selecciones de ciencia ficción, y con veinticinco números a nuestras espaldas, parece un buen momento para una reestructuración.*

*La creación de la serie paralela FANTASÍA ha sido el paso más obvio —junto con la renovación formal— en esta nueva etapa; pero también se imponía una diversificación que no fuera meramente temática, y así, en lo sucesivo, las selecciones de relatos que hemos venido ofreciendo hasta ahora, y que seguirán apareciendo regularmente, se verán complementadas, por una parte, con una serie de números especiales concebidos con un criterio más unitario y dedicados, a un autor, un tema o un ciclo, y, por otra, con una más frecuente publicación de novelas, pues no sólo de relatos vive el aficionado, aunque, según una opinión ampliamente difundida entre los expertos, el cuento corto siga siendo el vehículo narrativo idóneo de la ciencia ficción.*

*Con todo ello esperamos cubrir la demanda de los aficionados más exigentes, tanto cuantitativa como cualitativamente.*

*La única variación que experimentarán las selecciones de ciencia ficción normales, a partir de este número 26 (y aparte de la cubierta), será que su contenido se ceñirá más estrictamente que hasta ahora al concepto de ciencia ficción. No es el momento de enzarzarse en disquisiciones, acerca de dónde acaba la ciencia ficción y dónde empieza la fantasía «pura»: los límites no son en absoluto nítidos, y nada más lejos de nuestra intención que establecer compartimentos estancos; pero es indudable que con anterioridad han aparecido en estas selecciones algunos relatos que, por mucho que se quiera ampliar los márgenes del género, no se pueden considerar de ciencia ficción. De ahora en adelante, el lector interesado encontrará este tipo de narraciones en la serie paralela FANTASÍA, mientras que los seguidores de la serie CIENCIA FICCIÓN tendrán la garantía de hallar un contenido más homogéneo y ceñido al nombre de la colección.*

*De este modo, insisto, no se pretende delimitar géneros de forma categórica, sino facilitar la elección del lector. Aunque, en realidad, la elección no es dudosa: lo más acertado es seguir ambas series.*

CARLO FRABETTI

## CURA RADICAL

Clifford D. Simak

*¿Constituye la profesión médica una abnegada lucha contra la enfermedad y la muerte, o un lucrativo negocio? De lo que no cabe duda es de que muchos médicos no hubieran reaccionado como el protagonista de este relato, y que por cada doctor Kelly hay un «ladrón de bata blanca» que especula con el dolor humano.*

Las clínicas estaban preparadas y por la mañana había empezado la Operación Kelly.

¡Qué extraño era que la llamasen «Kelly»!

Se sentó en la vieja mecedora, en el porche destartado, y lo dijo otra vez, dejándolo deslizarse por la lengua, pero su sabor no era ya tan punzante y tan dulce como lo había sido una vez, cuando aquel gran médico de Londres se había levantado en las Naciones Unidas para decir que no podía llamarse más que Kelly.

Sin embargo, pensándolo bien, en todo aquello había una gran parte de casualidad. No tenía por qué haber sido necesariamente Kelly. Podía haber sido cualquiera con un D. M.<sup>[1]</sup> escrito después de su nombre. Podía haber sido Cohen, o Johnson, o Radzonovich, o cualquier otro... cualquier otro de los muchos médicos que había en el mundo.

Se balanceó suavemente en la rechinante mecedora, mientras las tablas del porche demostraban, con sus gruñidos, estar de acuerdo. En la creciente oscuridad se oían también los ruidos de los niños que prolongaban cuanto podían sus juegos, antes de que llegara el momento de entrar en casa y, poco después, de meterse en la cama.

Flotaba un perfume de lilas en el aire frío, y en un rincón del jardín podía ver vagamente el fulgor blanco de una corona nupcial, la misma que Martha Anderson les había dado a Janet y a él hacía tantos años, cuando vinieron a vivir a aquella casa.

Se acercaba un vecino por el sendero. No pudo distinguir quién era, en la oscuridad cada vez más densa del cre-

púsculo. El hombre lo llamó.

—Buenas noches, Doc —dijo.

—Buenas noches, Hiram —dijo el viejo doctor Kelly, sabiendo de quién se trataba por el sonido de su voz.

El vecino siguió su camino.

El viejo doctor siguió balanceándose suavemente, con las manos cruzadas sobre su abultado estómago. De la cocina le llegaban los ruidos de los cacharros, que Janet fregaba después de la cena. En pocos minutos vendría a sentarse junto a él, y hablarían tranquilamente y en voz baja, como convenía a un viejo matrimonio muy enamorado.

Aunque, a decir verdad, él no debería estar en el porche. La revista médica estaba sobre la mesa de su estudio y él debería estar leyéndola. No había últimamente muchas cosas sobre las que debiera ponerse al día, o quizá era que, tal como empezaban a ir las cosas, no tenía importancia estar al día o no.

Desde luego, siempre harían falta médicos. Siempre habría idiotas que tuvieran accidentes con sus coches o que pelearan a tiros o que se clavaran anzuelos en las manos o que se cayeran de los árboles. Y siempre estarían los niños.

Se balanceó hacia atrás y hacia adelante, y pensó en todos los niños y cómo algunos de ellos habían crecido, convirtiéndose en hombres y mujeres y teniendo niños a su vez. Y pensó en Martha Anderson, la mejor amiga de Janet, y en Con Gilbert, el más grande bribón que jamás pisó la tierra y un desastre con el dinero, y rió aviesamente al recordar todo el dinero que le debía Con Gilbert, que no había pagado una factura en toda su vida.

Pero las cosas eran así. Había quien pagaba y quien nunca lo hacía, y por eso Janet y él vivían en aquella vieja casa, y él conducía un modelo de hacía cinco años, y Janet llevaba a la iglesia el mismo vestido todo el invierno.

Aunque, bien pensado, no importaba. La paga importante no era en dinero.



Había los que pagaban y los que no pagaban. Y había los que vivían y aquellos que se morían, sin importar lo que uno hiciera. Había esperanza para algunos, y otros a los que la esperanza no llegaba. Y había algunos a los que podías decírselo y otros a los que no.

Pero ahora era diferente.

Y todo había empezado allí mismo, en la pequeña ciudad de Millville, poco más de un año antes.

Sentado en la oscuridad, y acompañado del perfume de las lilas, del resplandor blanco de la corona nupcial y del ruido sordo de los niños que se aferraban a sus últimos minutos de juego, lo recordó.

Eran casi las 8,30. Pudo oír la voz de Martha Anderson hablando con la señorita Lane; y ella, él lo sabía, había sido la última.

Se quitó la chaqueta blanca y la dobló, abstraído, agotado, dejándola luego sobre la camilla de reconocimientos.

Janet lo estaría esperando para cenar, aunque no diría nada. Janet nunca decía nada. En todos aquellos años nunca le había dicho una sola palabra de reproche, aunque a veces él percibía la desaprobación de Janet por su carácter calmoso, por su benevolencia con enfermos que luego ni siquiera le daban las gracias y mucho menos pagaban las facturas. Su desaprobación, también, por las horas dedicadas al trabajo, por la rapidez con que salía por las noches, cuando hubiera podido hacer esperar al paciente hasta la mañana, cuando hacía su ronda de visitas.

Ella estaría esperándole para cenar, y sabría que Martha había ido a visitarle y le preguntaría cómo estaba. Y ¿qué debía contestarle?

Oyó salir a Martha y también el repiqueteo de los tacones de la señorita Lane en el despacho. Fue lentamente hasta el lavamanos y abrió el grifo, después cogió el jabón.

Oyó abrirse la puerta, pero no volvió la cabeza.

—Doctor —dijo la señorita Lane—, Martha cree que está bien. Dice que usted la está ayudando. ¿Cree usted...?

—¿Qué haría usted? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella.

—¿Operaría sabiendo que no hay esperanza? ¿La enviaría a un especialista sabiendo que no puede ayudarla, sabiendo que no puede pagarlo y que se preocuparía por ello? ¿Le diría que le quedan, quizá, seis meses de vida, para despojarla de ese poco de esperanza y de felicidad que aún conserva?

—Lo siento, doctor.

—No tiene por qué. Me he enfrentado a esto muchas veces. Ningún caso es igual a otro. Cada uno requiere una decisión distinta. Ha sido un día largo y duro...

—Doctor, hay otro ahí fuera.

—¿Otro paciente?

—Un hombre. Acaba de entrar. Su nombre es Harry Herman.

—¿Herman? No conozco a ningún Herman.

—Es un forastero —dijo la señorita Lane—. Quizá acabe de llegar a la ciudad.

—Si fuera así —dijo el doctor— yo lo sabría. Lo oigo todo.

—Quizá esté de paso. Quizá se haya puesto enfermo mientras conducía.

—Bien, mándemelo —dijo el doctor cogiendo una toalla—. Veremos qué le pasa.

La enfermera se dirigió a la puerta.

—Señorita Lane.

—¿Sí?

—Puede usted marcharse a casa. No hay necesidad de que se quede. Ha sido un día muy duro.

Un día duro, pensó. Una fractura, una quemadura, un corte, una hidropesía, una menopausia, un embarazo, dos pélvicos, un sinfín de catarrros, un régimen alimenticio, dos denticiones, un pulmón sospechoso, una probable piedra en la vesícula, una cirrosis hepática y Martha Anderson. Y ahora, para terminar, aquel hombre que se llamaba Harry

Herman, nombre que nunca había oído antes y que, pensándolo bien, era bastante curioso.

Y el hombre también era curioso, tan alto y delgado, con las orejas pegadas al cráneo y los labios tan finos que no parecían labios.

—¿Doctor? —preguntó, de pie en el umbral.

—Sí —repuso éste, poniéndose otra vez la chaqueta—. Vamos, pase. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No estoy enfermo —dijo el hombre.

—¿Que no está enfermo?

—Pero quisiera hablar con usted. ¿Tiene usted tiempo?

—Sí, naturalmente —repuso el doctor, sabiendo que no tenía tiempo e irritado por aquella intrusión—. Pase y siéntese.

Intentó reconocer el acento, pero no pudo. Centro-europeo, quizá.

—Técnico profesional —dijo el hombre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el doctor, empezando a intrigarse.

—Le hablaré técnicamente. Le hablaré como profesional.

—¿Es usted médico?

—No exactamente —repuso el hombre—. Aunque usted pueda pensarlo. Lo primero que debo decirle es que soy extranjero.

—Un extranjero —repitió el doctor—. Tenemos muchos por aquí. La mayoría refugiados.

—No es esa lo que quiero decir. No esa clase de extranjero, sino de otro planeta, de otra estrella.

—Pero usted dijo que su nombre era Herman...

—Cuando estés en Roma —replicó el hombre—, haz como lo romanos.

—Ah... —dijo el doctor, y luego—: ¡Cielos! ¿Quiere decir eso...? Por extranjero, usted entiende...

El otro hombre asintió con expresión feliz.

—De otro planeta. De otra estrella. A muchos años-luz.

—Estoy confundido —dijo el doctor.

Permanecía en pie, mirando al extranjero, y éste le sonreía, un poco indeciso.

—Quizá usted piense —dijo el extranjero— que tengo un aspecto muy humano.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando.

—Entonces querría examinarme. Usted conoce el cuerpo humano.

—Tal vez quisiera —repuso el doctor, sin que la idea le gustara en absoluto, con una sonrisa forzada—. Pero el cuerpo humano puede tener a veces una apariencia rara.

—Pero no una apariencia como ésta —dijo el extranjero, mostrándole las manos.

—No —admitió el doctor, atónito—. Es verdad.

Porque la mano consistía tan solo en dos pulgares y un dedo, como si una garra de pájaro hubiera querido convertirse en mano.

—Ni como ésta —añadió el hombre, poniéndose en pie y bajándose los pantalones.

—Tampoco —dijo el médico, más sorprendido que nunca en sus muchos años de práctica.

—Entonces —dijo el hombre, subiéndose los pantalones—. Creo que está usted convencido.

Y volvió a sentarse, cruzando calmosamente las piernas.

—Si quiere decir que lo acepto como un extranjero —dijo el doctor—, supongo que sí. Aunque no es nada fácil.

—Imagino que no. Imagino que será una gran impresión.

El médico se pasó una mano por la frente.

—Una impresión, sí. Pero hay otras cosas que...

—Se refiere al lenguaje, ¿no? —dijo el extranjero—. Y a mi conocimiento de sus costumbres.

—Entre otras cosas, sí, naturalmente.

—Les hemos estudiado. Hemos empleado algún tiempo en ustedes. En todos ustedes, quiero decir...

—Pero usted habla tan bien... como un extranjero bien educado.

—Eso es exactamente lo que soy.

—Claro, claro que lo es —admitió el doctor—. No había pensado en ello.

—No soy ningún orador. Sé muchas palabras, pero las uso incorrectamente, y mi vocabulario se reduce al necesario para una conversación corriente. No me defiendo bien en los asuntos muy técnicos.

El médico fue detrás de su mesa y se sentó. Estaba bastante desconcertado.

—Muy bien —dijo—. Oigamos el resto. Acepto que es usted un extraterrestre. Ahora respóndame a esto: ¿qué hace usted aquí?

Y se asombró de enfrentarse con la situación con tanta calma. Poco después —lo sabía—, cuando tuviera tiempo de pensarlo bien, entonces se llevaría un susto.

—Usted es médico —dijo el extraterrestre—. Usted es un curador de su raza.

—Sí —contestó el doctor—, soy uno de ellos.

—Ustedes trabajan duramente para arreglar lo que está mal. Reparar las indisposiciones de la carne. Retardan la muerte...

—Lo intentamos. Algunas veces no tenemos éxito.

—Ustedes tienen muchas dolencias: el cáncer, los fallos cardíacos, los catarros y muchas otras cosas... no encuentro la palabra.

—Enfermedades.

—Enfermedad. Eso es. Usted sabrá perdonar mis deficiencias al hablar.

—Dejemos a un lado los formulismos —sugirió el médico—. Vayamos a lo que interesa.

—No está bien —dijo el extraterrestre— tener todas esas enfermedades. No resulta agradable. Al contrario, es algo terrible.

—Tenemos menos de las que teníamos hace un tiempo. Hemos eliminado algunas.

—Y por supuesto —dijo el extranjero—, usted se gana la vida con ellas.

—¿Qué es lo que está usted diciendo? —gritó el médico.

—Me disculparé si a veces me equivoco. Un sistema económico es algo difícil de meter en la cabeza.

—Sé lo que quiere decir —gruñó el médico—, pero déjeme decirle, señor...

Pero ¿de qué serviría?, pensó. Aquel ser pensaba lo que muchos humanos.

—Debo señalarle —dijo empezando de nuevo— que la profesión médica es una lucha durísima para vencer esas enfermedades de las que usted habla. Estamos haciendo cuanto podemos para destruir nuestro oficio.

—Eso está bien. Es justamente lo que yo pensaba, pero no encuadraba muy bien con el sentido de los negocios de su mundo. Debo suponer, entonces, que usted no sería contrario a ver destruidas las enfermedades.

—Escuche —dijo por fin el médico, que había tenido ya bastante de todo aquello—, no sé adónde quiere llegar, pero yo tengo hambre y estoy cansado, y si usted pretende estar ahí sentado, elaborando filosofías...

—Filosofías —repitió el extraterrestre—. Oh, no. No son filosofías. Soy práctico. Vengo a ofrecerle la abolición de las enfermedades.

Permanecieron en silencio unos momentos; luego el doctor se revolvió en su asiento con gesto de protesta y dijo:

—Quizá esté equivocado, pero me parece haberle oído decir que...

—Tengo un método, un desarrollo, un hallazgo —no encuentro la palabra— que destruirá todas las enfermedades.

—Una vacuna —dijo el doctor.

—Esa es la palabra. Sin embargo, es diferente de la vacuna en que usted piensa.

—¿Para el cáncer?

El extraterrestre asintió:

—Cáncer y catarros comunes y todo lo demás. Cualquier cosa.

—¿Para el corazón?

—También. No hace el efecto de una vacuna, sino que fortalece el cuerpo y lo deja en buen estado. Es como ajustar un motor hasta que queda como nuevo. El motor se deteriorará con el tiempo, pero funcionará hasta que esté completamente inservible.

El médico lanzó al extraterrestre una mirada dura:

—Señor —le dijo—, ésta no es la clase de cosas con las que se puede bromear.

—No estoy bromeando —replicó el extraterrestre.

—Y esa vacuna... ¿Funcionará en los seres humanos? ¿Y no tiene efectos secundarios?

—Estoy seguro de que funcionará. Hemos estudiado vuestro... vuestro... el modo en que trabaja vuestro cuerpo.

—Metabolismo es la palabra.

—Gracias —dijo el extraterrestre.

—¿Y el precio?

—No hay precio. Os la regalamos.

—¿Completamente gratis? Pero seguramente habrá un...

—Gratis, completamente gratis. Sin ningún compromiso.

Y levantándose, sacó una caja plana del bolsillo y se aproximó al escritorio. Entonces apretó uno de los lados y la caja se abrió. Dentro había unas porciones de algo semejante a la gasa, pero no estaba hecha de tejido.

El médico se aproximó y extendió la mano hacia la caja.

—¿Puedo? —dijo.

—Ciertamente. Pero toque solamente la parte superior.